



ANIVERSARIO

ISSN 0798-1171

Depósito legal pp. 197402ZU34

Esta publicación científica en formato digital  
es continuación de la revista impresa



# REVISTA DE FILOSOFÍA

*I. 50° Aniversario de Revista de Filosofía*

*II. Ontognoseología, Lenguaje y Realidad*

*III. Eticidad: Conflictos, Diversidades y Derechos*

*IV. Pensamiento Educativo: Aplicaciones y Contextos*

*V. Ensayos*

Centro de Estudios Filosóficos  
"Adolfo García Díaz"  
Facultad de Humanidades y Educación  
Universidad del Zulia  
Maracaibo - Venezuela

**N°Especial  
2022**

**Revista de Filosofía**  
Vol. 39, N° Especial, 2022, pp. 759 - 770  
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela  
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

## **Silencio**

### **Fuente y sentido de todas las palabras**

**Valmore Muñoz Arteaga**  
Colegio Antonio Rosmini  
Maracaibo – Venezuela  
vmunozarteaga1973@gmail.com

A mis hijos Miranda y Sebastián

Recibido 23-01-2022 – Aceptado 24-03-2022

#### **Introducción**

Este trabajo está depositado en Zenodo:  
DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6468988>

Entre 1936 y 1942, Thomas Stearn Eliot, compuso sus famosos *Cuatro Cuartetos*. En el primero de ellos llamado *Burnt Norton* (1936), el poeta escribe “En el punto quietado del mundo en rotación. Ni carne ni ausencia; ni desde ni hacia; en el punto quietado; allí está el baile, y no la detención o el movimiento. Y no llaméis fijeza al punto en que pasado y futuro se abrazan. Ni movimiento desde ni hacia, ni ascenso ni descenso. De no ser por el punto, el punto inmóvil, no habría baile, y sólo existe el baile” ¿Qué hay en ese punto quietado del cual nos habla el poeta? ¿Qué hay en ese punto quietado que lo aquieta? Silencio, todo apuntar al silencio, quizás a que el silencio lo apunta todo, lo sostiene todo, de allí nace todo, allí muere todo, por ser la última frontera, lugar inhabitado, pero que cohabita articulándose imbricadamente con lo expresable. El silencio no es únicamente el horizonte sonoro que la palabra necesita para resonar, para constituirse en su consistencia de ser; es también, sostendrá Vattimo, el abismo sin fondo en el que la palabra pronunciada se pierde. Silencio, lugar sin límites de lo otro, la intimidad más cercana, fondo de los fondos, dirá Rojas Guardia, donde todo se desdibuja y desfallece.

En la mística, el silencio es un lugar donde reina la quietud y la paz. Una necesidad para que Dios pueda «hablar» y cuya presencia es casi obligatoria en todas las religiones. En la Antigüedad el silencio era considerado una suprema alabanza destinada a la Divinidad. En el Hinduismo y en el Budismo se aspira a apagar la mente para que el hombre pueda sumergirse en las profundidades del universo interior. En el Judaísmo y el Islamismo apuestan por permanecer en silencio cuando la persona se encuentra en presencia de Dios. Dios se halla por sobre toda palabra y de todo enunciado, por lo cual el

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional  
(CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

hombre, al comprender sus infinitas limitaciones, lo mejor que puede hacer es callar, sumirse en un mutismo profundo para que otra voz hable desde él. El silencio es la otra voz que confronta a la razón y sus límites. El silencio es la voz, la otra voz, que enciende el alma dentro de la espesura de la oscuridad de la noche. Para el sufismo, el silencio es la voz de lo desconocido y el alma está enamorada de esa voz que sólo se manifestará cuando su amado venga. El objetivo del ser humano en la tierra es unirse de nuevo con esa voz, que es la Voz de la consciencia interior.

El hombre y el mundo contemporáneos, tan modernos, tan racionales, tan llenos de respuestas para todo, se llenaron de palabras producto de una cultura fundamentada en la información. Hicieron de la lengua un artefacto funcional para darle cierta vida a una especie de repertorio de sonidos básicos guiado por un sentido utilitario e instrumental. La quiebra de la lengua, increpa Rafael Cadenas, es la quiebra de la cultura, de la sociedad y del espíritu. La realidad deshumanizada que se ha erigido a partir del lenguaje obliga al hombre a detenerse y buscar el núcleo más profundo de su humanidad. Esta búsqueda tiene su punto de partida en el momento en que el ser humano se reconcilie con el silencio, con su silencio personal e íntimo, a través de un camino de introspección que permita un radical reencuentro con el fuego, la humedad, la tierra y el cielo que lo habitan.

## **La fuente de todas las palabras**

### *El silencio en los vedas*

Los Vedas es, sin lugar a dudas, una de las manifestaciones espirituales más hermosas del mundo oriental. En ellos, y como su nombre lo indica, se reúne todo el conocimiento supremo para el Hinduismo, además de representar uno de los cuerpos literarios más antiguos de la humanidad. Los Vedas es una compilación de cuatro grandes libros, a saber: *Rg-veda*, *Sama-veda*, *Yajur-veda* y *Atharva-veda*, además de, claro está, las *Upanisad* y la *Bhagavad gita*. En un tiempo, los textos allí expuestos eran cantados y recitados como alabanza al Absoluto. Plegarias que cuentan cómo vibra el universo como acción sagrada que abarca la plenitud de la realidad. A través de ellos se implora a «algo» más grande que todo lo que hay sobre la tierra, allí donde comienza toda sabiduría, y cuya fuente es la esperanza y la dicha. La espiritualidad desbordada en los Vedas se centra en dos grandes temas: la alabanza y el sacrificio. Cantan a partir de una irrupción del silencio cósmico y desgarran la palabra no hablada para cantar las alabanzas de la Vida, de la Creación y del Creador. El silencio, uno distinto, pues en los Vedas el silencio canta para invocar lo divino a partir de un estado de plenitud amorosa que desborda al ser humano y lo obliga, de alguna manera, a abrir las compuertas que bloquean su finitud. Entre un silencio y otro derramado en cantos se subraya un aspecto de la luz, es decir, el esplendor glorioso de lo Supremo. Entre notas ardientes de devoción, el hombre busca acariciar su propio resplandor interno, esa luz increada, pero que crea, esa luminosidad comunicativa del esplendor de Dios viviente que da vida a todas las cosas.

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

El silencio devocional imbuido de música espiritual orienta al descubrimiento de la toma de conciencia del vacío a través del convencimiento de un Dios-más-allá-de-Dios que lo ha creado todo, incluso, a sí mismo. “Entonces, el No-Ser, habiendo decidido ser se hizo espíritu y dijo: «¡Que yo sea!» Se calentó a sí mismo, y de ese calor nació el fuego. Se calentó todavía más, y de este calor nació la luz”. La experiencia védica desnuda al silencio como atrevimiento a explorar los límites último del espacio del ser y de la existencia, explorando los límites del universo, además de seducir al riesgo de sobrepasar y penetrar la barrera del ser para oscilar en la nada absoluta, y descubrir, dirá Panikkar, que el No-Ser es solo el redescubrimiento externo del Ser, su velo protector. Ese otro silencio tejido entre cantos espirituales permite al ser humano hacerse brote de la armonía en el dinamismo cósmico. Silencio que es serenidad de contemplación, paz y umbral de la realización, deseo terrible de convertirse en tantas cosas, de implicarse en todos los procesos y de estar presente en todas partes. Silencio, más allá de toda voluntad de poder, más bien se trata de formar parte existencial en el corazón mismo de la realidad que no es otra más que el centro divino de donde todo emerge y hacia donde todo se dirige. Al igual que en el misticismo cristiano, los Vedas aluden al silencio como fundamento para producir una mirada distinta sobre el mundo que nace a partir de un corazón puro, estado que definen como Aurora y que significa elevación de la conciencia. Al establecerse la pureza de corazón producto del silencio devocional toda oscuridad huye gracias a que la luz se acerca con notable rapidez. A través de ella, la mirada logra posarse en el camino para que el Sol, en este caso interior, lo recorra para llegar así al lugar donde la vida continúa.

Esto le permite al hombre hacerse consciente de la existencia del universo como un todo ordenado gracias al descubrimiento del amor y, a partir de allí, de la persona humana. Hacerse consciente de que la vida es un don y de que todo lo que con ella llega lo es también, debido a ello, las alabanzas son expresiones de una alegría interna, un cántico espontáneo de gozo de la propia vida, proyección externa de un sentimiento interno. La vida es un factor que lo embebe todo en la estructura de la realidad y la respiración, otra expresión védica del silencio, es vínculo íntimo entre la vida y la materia. Raimon Panikkar nos dice que la respiración es el movimiento mismo del aire en el interior de los seres vivos. La vida es intrínsecamente movimiento, algo que se mueve de algún modo sin cambiar de lugar. La experiencia se da en un nivel de realidad más profundo, donde todavía no se ha llegado a esta dicotomía fatal entre la materia y el espíritu. La respiración, ese otro rostro del silencio devocional, es la representación del aliento de la vida o praná, también llamado «aire inspirado». Por ello, los Vedas refieren al sagrado Aliento de la Vida como dominador de este mundo, señor de todas las cosas y fundamento de todo. Él, el Aliento de la Vida, abraza a todos los seres con cuidado y afecto, tal y como podría hacerlo un padre cariñoso con su hijo.

## **El silencio y la palabra**

### *Un fratricidio moderno*

Romano Guardini, pensador católico italiano, manifestaba que no tenemos más que mirar a nuestro alrededor el mundo que nos circunda para comprender en qué manera el silencio ha venido desapareciendo cada vez más de la cotidianidad del hombre. Las charlas y el rumor aumentan exponencialmente su campo de acción en la vida humana. Según él, esta situación ocurre dentro y fuera del ser humano, ya que, aquellos que callan no alcanzan el silencio, más bien termina tratándose de una infatigable producción interior de palabras y nos advierte que, sólo desde el silencio, se puede realmente escuchar.

El silencio forma parte de la constitución humana, aunque, al mismo tiempo, es última frontera, lugar inhabitado, otro lado de la palabra que no es la nada, ausencia de sentido que nos da sentido. La modernidad ha sembrado en el hombre la duda arrojando al silencio bajo un manto amenazante, como animal de presa que busca y cerca, creando así uno de los más importantes dramas contemporáneos: haber construido un mundo que parece no estar a su medida. Un mundo cada vez más definido por los medios masivos que dan cuenta cada día de los males del mundo generando más desorientación e incredulidad. Un mundo que empuja hacia una idea de civilización en la cual parece privilegiarse una supremacía brutal de las palabras. Sociedad de la información, era de las comunicaciones, todo pareciera concentrarse y detenerse justamente ahí, en el punto, en el instante, en que se hace irrefutable que algo esencial del ser histórico humano se juega en palabras. El lenguaje nos seduce como llama que provoca para hacernos caer una y otra vez, llenándonos de nada, delatándonos como prisioneros de la lógica de la expresión, de una naturaleza social que sólo puede realizarse a través de las potencialidades y limitaciones de la palabra. La palabra, ¡ay!, la palabra, exacta y equívoca a la vez. Se vive en la tranquilidad inauténtica de saber que podemos comunicarnos y hacemos de ella, de la comunicación, una especie de encierro existencial que muere al pronunciar la primera palabra. Así, dirá Max Colodro, el juego de intentar aproximarse hacia el otro lado del lenguaje, nos atemoriza, ya que nos hace suponer que se ha topado con un límite, que es dable siquiera imaginar una alteridad para el universo de significados expresables.

El hombre moderno terminó asumiendo al silencio como expresión de vacío o de ausencia comprendiéndolo como todo aquello que se opone, de alguna manera, a la palabra, tal y como fueron asumidos el cuerpo y el alma, no como instancias complementarias de la plenitud, sino como enemigos irreconciliables. Da la impresión de que, para el sentido común, ninguno de estos universos logran tocar, mucho menos suponer que puedan acariciarse en las oscuridades del misterio humano, ni siquiera la posibilidad de suponer que comparten el aire en el mismo borde de la realidad. En un extremo, la totalidad inteligible del lenguaje, de las cosas, todo lo *nombrable*. En el otro extremo, más bien, en el extremo del otro extremo, bien lejos y oculto, aquello que señalamos como la nada, la ausencia total expresable, aquello más allá de toda significatividad, el silencio. Esta dualidad abrió las compuertas al olvido del silencio, cuya consecuencia es detonar una crisis de la palabra, en tal sentido, la palabra, que ya no está anclada en el silencio, pierde su función. Por ello, la palabra dejó de comunicar y, al hacerlo, dejó de alimentar la posibilidad de comunión entre los seres humanos, ya no tiene

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

capacidad ni posibilidad de crear comunidad. En consecuencia, deja de aportar brillo y luminosidad a la vida. La palabra, cuando se construye de espaldas a su origen auténtico, no ofrece ya una base digna de confianza sobre la cual las personas puedan moverse hacia el encuentro, su encuentro y el nacimiento de la sociedad.

Gennaro Cicchese en un bello libro titulado *Antropología del Diálogo* brinda luces al afirmar que la crisis de la palabra, siendo crisis histórica y cultural, no queda limitada a un campo del saber humano, sino que embiste a todo el hombre y su actuar comunicativo. La teología y la enseñanza teológica, que debería significar la profundización y la comunicación del misterio revelado por la Palabra divina, corren el riesgo de ser embestidas por este viento de crisis. Para una cierta lógica, firmemente instalada en el hueso de la racionalidad clásica, no parece evidente que la palabra pueda poseer un origen común con el silencio. En realidad, resulta extraña e inverosímil la aventura heideggeriana de suponer que la palabra, la palabra auténtica, sólo puede brotar del silencio. ¿El silencio amenaza y ronda al lenguaje, y por ende, al hombre? Sí, quizás sí, tal y como el sin-sentido pueda hacerlo con el sentido. Sin embargo, también es posible que el silencio y la palabra formen parte de un mismo universo, de un mismo ámbito de expresividad y significación, tal y como el sin-sentido puede formar parte del sentido, de su naturaleza ambigua y polivalente. La intimidad entre mundo y cosa, señala Heidegger, no es una fusión donde ambos se pierden. Sólo reina intimidad donde lo que es íntimo, mundo y cosa, deviene pura distinción y permanece distinto. Lo que invoca al mundo y a las cosas en su intimidad es aquello que intima a la palabra y al silencio. Lo que une y perpetúa esta unidad es lo que hace posible la distinción, lo que consiente mirar al silencio como lo otro de la palabra, como la alteridad que comparte sin saberlo el mismo origen. Ese origen es Palabra divina y cuando las palabras dejan de ser su reflejo pierden su sentido y se vuelven sugestivas y engañosas como palabras usadas para vender tuercas y tornillos.

El silencio no ha sido simplemente olvidado, sino que ya ni siquiera el hombre siente su falta, como afirma Max Picard, ni siquiera se sabe que el silencio se perdió, y tal punto las cosas ocupan todos los lugares donde una vez estaba el silencio que nada parece faltar. Desde esta perspectiva, el silencio es cosa negativa, lo cual hizo comprender a Jung que la mayor parte de los hombres le teme al silencio, por lo que cuando cesa el murmullo constante, por ejemplo, de un recibimiento, hace falta siempre hacer, decir, silbar, cantar, toser o murmurar algo. La necesidad de ruido se vuelve insoportable. Por ello, muchos pensadores consideran que en este temor se puede condensar todo el drama del hombre contemporáneo, que perdió toda relación con las propias raíces, con la verdad de su ser, con su interioridad y humanidad. Privilegió el aspecto exterior en desmedro del interior, el mundo físico por sobre el metafísico. Privilegió la ciencia, la tecnología y el progreso, en una continua fuga de sí mismo y del propio centro, hasta el cambio de su misma esencia de hombre, que está conectada con la pérdida del silencio.

Podemos así concluir que la contradicción entre Silencio y Palabra no es más que apariencia, ya lo decía Plutarco cuando decía que aprendemos el silencio de los Dioses y el

hablar de los hombres. Sin embargo, el auténtico silencio y la palabra verdadera no se pueden separar. Según Panikkar, cuando el hombre tiene una experiencia es él sin duda quien la tiene, pero al ser consciente de que es inefable ya suponemos que no la puede comunicar con la palabra, porque esta huelga y la experiencia trasciende. De ahí la paradoja de que la incomunicabilidad por medio de la palabra nos revela una comunión silente subyacente de la que se es consciente. En palabras de Avicena: “El poder del escritor perfecto en su arte (se muestra) cuando no escribe”. No es ninguna novedad descubrir que el silencio es, muy a menudo, más comunitario y unitario que la palabra. En tal sentido, toda la experiencia mística es, curiosamente, participativa. Nada hay más visible que los pensamientos recónditos de un corazón amoroso. El silencio no es, en modo alguno, la contradicción de la palabra, mucho menos, su rostro negativo, tampoco es la no-palabra, sino la ausencia de la palabra, su origen, como afirma un Padre de la Iglesia comentando la Trinidad, diciendo que el silencio del Padre nace del logos, la Palabra. La consciencia perfecta es precisamente la experiencia pura que no es consciente de ella misma.

### **El silencio, allí donde el mundo desaparece**

Según la metafísica, los márgenes de la palabra son los límites del Ser, los bordes de una racionalidad tejida apenas con lo que se puede. La palabra apenas nombra, a veces con mucho esfuerzo, lo que puede ser nombrado buscando, casi con histeria, diluir la tensión que surge de la presencia de algo radicado más allá de las siempre muy cortas fronteras del lenguaje y que, curiosamente, terminan siendo, dentro del campo de acción de la racionalidad moderna, todo el universo del ser humano. Las palabras son el universo limitado del hombre. Universo amplio, pero siempre limitado. Fuera de los bordes del lenguaje, allí donde no reine la palabra, reina la nada, la ausencia total de referencias y la imposibilidad del sentido. En esa zona de transparencias misteriosas, el mundo deja de ser, pues, ya no hay forma de nombrarlo, allí pierde su potencia, aunque conserva otras. Allí el hombre sucumbe en la O por lo redondo.

El universo de la palabra aflora, en los hechos, mínimo frente a la totalidad infinita e innombrada del sentido que la circunda. La palabra se muestra concreta, delimitada y delimitable, esencialmente sólida frente a la composición líquida de un silencio infinito que la rodea y la contiene. Lo nombrable es frecuentemente amenazado por la sombra de ese universo que no puede ser nombrado. Le teme. Las palabras son islotes que tiemblan ante el leve roce de las olas que van y vienen entre dos instancias aparentemente irreconciliables, pese a que, debajo de vaivén del agua risueña, la tierra de la orilla continúa su camino existencial hacia el corazón del mar y su líquido silencio. Sin embargo, el temor es más fuerte, pensar mirando a los ojos de la trascendencia da miedo y ese miedo termina constituyendo el hecho de que el mundo se vuelva sólo tan sólo el resultado de un procedimiento, más o menos afortunado, que lo hace un mundo de palabras, implicando que, en el fondo, todo aquello que escapa a dicho procedimiento queda ausente del mundo.

Lao Tse, viejo maestro de existencia dudosa, afirmaba que las cosas del mundo nacen del ser, pero que, irremediablemente, el ser nace del no-ser. Partiendo de esta afirmación, entonces, podríamos decir casi con certeza temblorosa que, el Verbo, la Palabra o el Logos –como quiera que lo digamos– no fue lo primero, antes, en el origen primero fue el silencio. Heidegger, en su proyecto de encuentro con la nada a partir de la negación de ciertas propiedades metafísicas del ente, parece estrellarse con un problema advertido ya en *Ser y Tiempo* y en *¿Qué es metafísica?*: “El preguntar por la nada –qué y cómo es– transforma lo preguntado en su antípoda. La pregunta se priva a sí misma de su propio objeto”. Dicho problema, se relaciona con una complejidad advertida por Nietzsche en su tentativa por disuadir las figuras de la trascendencia en el lenguaje, partiendo de un dispositivo temprano permanente en la inmanencia operatoria presente, según él, en el carácter dionisiaco del arte, en cuanto la impotencia de articular la pregunta por la verdad a partir de un sistema lingüístico lógico representacional que no es capaz de dar cuenta de una dimensión ontoespistémica negativa. El silencio es origen, pero, dentro de la lógica moderna, es la nada, el vacío, la ausencia, la oscuridad. Edgar Allan Poe describió el encuentro con esta dimensión de manera magistral: “Y mis ojos cayeron sobre el rostro de aquel hombre, y su rostro estaba pálido. Y bruscamente alzó la cabeza, que apoyaba en la mano y, poniéndose de pie en la roca, escuchó. Pero no se oía ninguna voz en todo el vasto desierto ilimitado, y los caracteres sobre la roca decían: SILENCIO. Y el hombre se estremeció y, desviando el rostro, huyó a toda carrera, al punto que cesé de verlo”.

El mundo se deshilacha frente al silencio. Desembocar en el silencio, ese otro, ese innombrable, es enmudecer todos nuestros silencios y acceder a ese algo no develado, eso que no es traído desde la oscuridad por efecto de la luz, persiste en la nada, en el vacío interminable de lo innombrado. Pero, ¿qué aterra del silencio? No es el silencio lo que aterra, aterra lo que desnuda, lo que pone en evidencia: la eternidad de la muerte, el sinsentido de la existencia cuando es exigida a trascender sus rigurosos límites. El miedo al silencio abrió las compuertas a la constante tentación de brindar efectos de realidad a todo lo trascendente, es decir, ver –nunca contemplar– a la palabra en función de su referente, ya que sólo cobra sentido para el hombre –huérfano de trascendencia, pero rico en racionalidad– cuando su estatuto se seculariza, cuando sus claves, secretos y posibilidades dejan de respirar los aires inhóspitos de un más allá, para él siempre especulativo, para aprender a respirar –con todo e impurezas– en la materialización de un más acá propio del entorno humano. Salirse de aquí, atreverse a danzar desnudo en escenarios ajenos a la racionalidad moderna, tal y como ella misma se concibió, es comprender por qué, el filósofo inglés Francis Bacon, pensaba que el silencio es virtud exclusiva de los locos. Max Colodro explica que, en definitiva, no se trata de la revelación de una verdad que, en cuanto palabra fundante, proviene del más allá y sólo puede ser descifrada por medio de la interpretación y la exégesis. Ahora es la verdad como transformación del objeto, como correlación ajustada entre la finalidad de la acción y la especificidad de sus resultados. La racionalidad moderna es efectivamente ratio instrumental en cuanto piensa y se asume como fundamento de una práctica objetivamente. Su destino es comenzar de esta manera a escapar de sí misma, ya que debe establecerse como palabra verídica en la necesaria

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>



trascendencia de sus efectos, en la materialidad de la intervención que funda sobre lo otro del lenguaje. El lenguaje terminó siendo sometido, obligado a un constante travestismo, a una inquebrantable exculpación, en la que finalmente termina separado y olvidado de su propio valor de verdad: lenguaje histórico. En la medida en que los imperativos prácticos van dominando el corazón del lenguaje, la palabra lentamente se evapora en su ideal de significación. Detrás de la palabra, tan sólo palabras detrás de otras palabras. Palabras sin peso, frágiles, palabras que no dan sombra, cuyo significado se evapora una vez que comienza a surcar el aire. Palabra que muere en sí misma, desolada, temblorosa, insegura, pese a su aparente altanería. Palabra que es el hombre. Palabra que es el mundo.

Ahora, la palabra que se mira y bebe del agua profunda del silencio que le brinda sentido y autenticidad, deja de pensarse como desdoblamiento significante, va apareciendo y descubriéndose liberada de su objeto, cada vez más autónoma frente a su antigua necesidad de referentes. Cuando la palabra resulta ser perfectamente cómplice con la facticidad de lo instrumental, el silencio se erige como una clara posibilidad de restitución. No son los discursos alternativos los que podrían amenazar el actual estado de cosas que dan rostro a este mundo, más bien se trata del callar, callar indefinidamente hasta el extremo –¿es un extremo? – de hacer del silencio una forma de existencia. El mundo, este mundo, tal y como está concebido, quiere que el hombre hable y lo haga de todo y a toda hora. El mundo no deja de habar y obliga a hablar, supongo que lo hace por percibir que la verdadera amenaza se encuentra en aquello que, ciertamente, no puede ser nombrado. Sólo aquellos que escuchan mi voz, dirá Jesucristo a Pilatos, podrán escuchar la verdad y guardó un espeso silencio. Qué decía en ese silencio. ¿Acaso explicaba a Procurador romano las maravillas de un reino que no era –ni es– de este mundo?

### **¿Es posible un silencio mundano?**

Qué descansada vida la de aquel que logra huir del mundanal ruido, y busca seguir la escondida senda, por donde han ido los pocos sabios que han sido en el mundo, más o menos, escribía Fray Luis de León, poeta, humanista y religioso agustino perteneciente a la escuela Salmantina, allá en la ya muy lejana segunda mitad del siglo XVI, escuela caracterizada por el cultivo de un lenguaje y una expresión conciso, preciso y llano. Sobre estas líneas de la canción a la vida retirada, Raimon Panikkar, reflexiona partiendo de la idea de que es comprensible suponer que huir del mundanal ruido es más fácil que descubrir el mundanal silencio, ya que es mucho más sencillo continuar una senda ya trazada que aventurarse a crear una nueva; es mucho más factible cerrarse que abrirse. El riesgo, así lo expresa, es grande, pero la alternativa, después de estas últimas cuatro centurias, que aún llamamos siglos, es el desmoronamiento del proyecto titánico del hombre de construir él solo un mundo artificial.

Diversos pensadores han apostado a la idea, no de huir del mundo como lo pudieron plantear los grandes místicos cristianos, sino de buscar los caminos para transformarlo, mejor todavía: transfigurarlos, ya que, esto, más que redimirlo podría significar la posibilidad de resucitarlo. Hay que encontrar el silencio, dirá Panikkar, y crear la senda. El

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

descubrimiento de una especie de secularidad sagrada se podría advertir como un catalizador para que la transformación no sea tan sólo un cambio de vestido, una nueva moda. Nos estamos refiriendo a una entrañable mutación histórica.

El hombre moderno, lo hemos dicho y se ha dicho en demasía, vive y se ha acomodado –al parecer– muy bien en un mundo ruidoso. Ruido que trepida, no sólo en esta espesa jungla tecnocrática de la modernidad y posmodernidad, cuyo reino suele estar en lo exterior del hombre, sino también en su interior. Algunos pensadores, entre ellos, Raimon Panikkar, probablemente el más avanzado en esta reflexión, plantean que la búsqueda debe emprenderse en la transformación de ese bullicio exacerbado en silencio, “de la bullanga del burbujeo de la ebullición trepidante, en el acallamiento de los ruidos externos e internos”, puesto que todo ello, a pesar del escándalo, pertenece al arte de vivir, es decir, a la sabiduría. Los pocos sabios que en el mundo han sido huían del mundanal ruido debido a que, a fin de cuentas, despreciaban este mundo porque lo consideraban efímero, vacío, inícuo, intrascendente. No lograron ver lo que podría ser una secularidad sagrada. La defensa de la sacralidad del mundo se presenta como la religación de los campos que conforman la tradición dualista dentro de la cual hemos crecido, pero, claro está, sin confundirlos. La crisis de una religión ultramundana, afirmará Panikkar, no se resuelve con la permeabilidad entre lo divino y lo mundano, sino con el reconocimiento y la experiencia de la personal relación de ambas dimensiones de la realidad en el mismo hombre, punto donde cielo y tierra se acarician amorosamente.

### **La necesidad de callar**

“De lo que no se puede hablar hay que callar” esto lo escribió uno de los tantos Wittgenstein entre 1914 y 1916, haciendo referencia a que lo hallado fuera de los límites de la palabra no puede ser nunca alcanzado y, en cuyo caso, lo más saludable ante esta dificultad es la renuncia a todo aquello que se encuentra más allá de la comprensión humana. Comprender, por ejemplo, que existe un universo inabarcable por “el principio de realidad del lenguaje” y con el cual, aparentemente, no hay conexiones o, en todo caso, le resultan complejamente difusas en cuanto a que navegan por otros cauces, por otras esferas de la irracionalidad?, dentro de las cuales, al parecer, lo semántico, lo significativo, lo real no tiene un peso sustancial. El ser humano necesita, casi imperiosamente, precisar ese borde, ese margen, ese límite, sea imaginario o real, que delimita a la palabra de su otro. Resulta necesario para poder respirar en este tránsito existencial, alumbrar con las herramientas con que cada uno cuenta la misteriosa profundidad donde habita silente el silencio, ese «algo» que se nos antoja infinito donde reina aquello a lo que Wittgenstein apunta cuando insiste en la cualidad ontológica de lo que no puede ser nombrado.

Intuitivamente, el filósofo vienés, siente que hay un más allá en el lenguaje y, por medio de la intuición, busca llegar hasta las fronteras mismas del lenguaje. Ubicar ubicándose en ese borde misterioso buscando marcar un nuevo continente. Un mar invisible, dirá Max Colodro, frente al que todo lo dicho y lo escrito por el hombre desde el primer instante no sería más que una breve y diminuta isla, una pequeña y epidérmica

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

porción de la realidad. El hombre y su universo lingüístico es tan sólo un pequeño punto, a veces insignificante, en medio de la vastedad oceánica, profunda e interminable del silencio. Para Wittgenstein, de lo que se trataría entonces es de alcanzar un acercamiento a la naturaleza de esa extensión oceánica, de lograr descubrir las mediaciones y sucesiones que la coimplican con la palabra. En tal sentido, afirma que la primera articulación entre la palabra y el silencio atraviesa la distinción superficie/profundidad, a partir de la cual lo evidente del lenguaje asoma como un campo plano, superficial y de escasos relieves. La profundidad, por su parte, brota como el ámbito donde reina el sentido, esa dimensión de significación inmaterial, dirá el filósofo, que da sustancia y contenido a la palabra, pero que permanece siempre en otro lugar, inalcanzable para la materialidad del significante, por ello concluye afirmando que el sentido del mundo tiene que residir fuera de él. Entendiendo sentido como «eso» que se oculta en el subsuelo profundo de la palabra, en una región extraña, virtual si se quiere, de bordes desconocidos y contenido ambivalente. El sentido no se da de manera simple a la palabra puesto que no está conformado por ella, sino por una dimensión prelingüística que compromete lo que no se puede o se desea expresar. El sentido remite al ser humano frecuentemente a un origen indefinido e impreciso, pero que, definitivamente, abona las condiciones necesarias para que florezca la subjetividad. El sentido, en su exterioridad, puede desnudarse mansamente, pero en su constitutiva hondura no se deja penetrar por la racionalización que imponen los significantes, sus redes y reglas de funcionamiento.

La palabra se lanza entonces a la búsqueda del sentido de sí misma, pero, desafortunadamente, lo hace desde su racionalidad con la finalidad de moldearlo, sin poder alcanzar a percibir que en ese instante el sentido se le escapó de entre sus dedos. Una proposición no puede nunca explicitar la totalidad de su sentido, porque el sentido vive ocultándose bajo el formal ropaje de lo explícito, es decir, el sentido es a la palabra lo que Dios es al hombre. En el silencio se esconde el sentido y el sentido es para el lenguaje un destino visible, pero inalcanzable, evidente sólo en la fugacidad de su transitar por la literalidad, pero donde la constatación de su presencia sólo puede realizarse a partir de su huella, es decir, desde lo verificable de su ausencia.

### **El silencio de la palabra**

Cuando el Padre pronuncia una Palabra, naturalmente eterna, esa Palabra permanece oculta en el alma, de modo que el hombre ni la conoce ni la escucha. Para poderla escuchar, es necesario que se apaguen todas las voces y todos los sonidos hasta que predomine una quietud pura, una calma perfecta. Esto lo escribía producto de sus reflexiones Meister Eckhart para referirse al silencio y de cómo allí, en el silencio, reina la Palabra de Dios, por ello tanto San Jerónimo como Nicolás de Cusa concluyen –y nosotros con ellos– que para Dios el silencio es alabanza, por la misma razón, el silencio se volvió un raso común, tal vez la única base común, entre todas las religiones y caminos espirituales. Quizás, la base que podría sustentar un sólido ecumenismo comienza por comprender que no existe un lenguaje universal y que, por ello, buscar una única lengua, un único idioma o

*Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

lenguaje, sea la más terrible y certera agresión contra todo ecumenismo. Más bien, si comprendemos que la base es el silencio, entonces nos podríamos abrir más humanamente a la posibilidad de aceptar más de un lenguaje, abrirnos a la confianza inteligente en los lenguajes que no se entienden. Hemos tocado a los sagrados Vedas, a la Santa Biblia, también a los no tan sagrados Heidegger y Wittgenstein. Sin embargo, considero necesario exponer acá otro silencio. Me refiero al silencio explicado por Raimon Panikkar, un silencio que está en la raíz de toda palabra, mientras ella, lógicamente, sea verdadera.

Palabra de silencio no significa palabra acerca del silencio, sino, más bien, al silencio que hay ciertamente en toda palabra. Tampoco significa esto palabra silenciosa, no, sino la palabra del silencio, el silencio que hay en toda palabra, la palabra hecha silencio. Se puede –sin duda se ha hecho– hablar sobre el silencio, de la misma manera en que podemos hacerlo de, por ejemplo, lo que ocurrió ayer, pero este silencio sobre el cual reflexiona el filósofo barcelonés, no es un verdadero silencio, ya que, afirma, el silencio no es un objeto. No se puede hablar sobre el verdadero silencio sencillamente debido a que tampoco se puede encontrar la oscuridad buscándola con una antorcha. El silencio, dice Panikkar, no puede ser mencionado sin ser destruido, puesto que es incompatible con el habla. Podemos, eso sí, describir los vecinos del silencio y señalar lo que conduce a, viene de, y rodea al silencio de la misma manera en que, por ejemplo, podemos sospechar que la oscuridad nos rodea cuando nuestra luz vacilante no ilumina todo el horizonte de nuestra visión. Ahora, se puede hacer otra cosa, por ejemplo, podemos expresar el silencio dejando que explote en el habla, hablando simple y verdaderamente. Cualquier palabra real, afirma Panikkar, es palabra porque procede del silencio; pero es más; es precisamente palabra auténtica porque es silencio: “Y el Silencio se hizo Palabra –y empezó a Hablar”.

La palabra es y será siempre el sacrificio del silencio. La autoinmolación del silencio origina la palabra. El silencio agota su existencia cuando brota de su corazón quieto la palabra, pero conteniendo en ella todo lo que el silencio es capaz de expresar. La palabra es todo lo que el silencio es –pero entonces el silencio ya no es, sólo hay palabra. Sin embargo, no podemos decir esa Palabra, según los libros védicos, la Palabra es el Primogénito de la Verdad, otro tanto nos dice el Evangelio de San Juan al advertirnos que el Verbo era y estaba con Dios. La Palabra, palabra eterna, es la matriz del universo, es el aire que atraviesa toda la historia de los hombres antes, incluso, de toda historia y de todo hombre.

Ahora bien, escapando un poco del orden místico, aunque no tanto, la palabra oculta tanto como revela, sólo revela en la medida en que oculta y únicamente haciéndole a uno consciente de que oculta algo revela lo que dice. No se puede decir todo lo que se quiere decir. El hombre sólo dice lo que es capaz de decir. Sólo se puede «traducir» lo que se quiere decir. Realmente, el hombre está en la transparencia del límite entre el mucho más y el mucho menos de lo que se quiere decir. Sólo lo que puede ser dicho, puede ser dicho, entonces subraya Panikkar, que ese puede no depende de la voluntad del hombre. Lo que el ser humano quiere decir no es la palabra verdadera, ya que, la palabra verdadera

es dicha simplemente. La palabra verdadera no rompe el silencio, tampoco lo traduce. El silencio del que la palabra procede, y que esta manifiesta, no es otra «cosa», otro «ser», que luego, por ser ya de algún modo pensable, expresable, sería a su vez la manifestación de un ser aún más primordial. La palabra es el mismo silencio en palabra, hecho palabra.

Si queremos hablar de Ser y No-Ser, dirá Panikkar, tenemos que darnos cuenta de que el Ser y el No-Ser no son opuestos ni contradictorios. Estas dos palabras no son transformables a fórmulas abstractas de la negación, ya que, en este plano de la realidad, el No del No-ser no es la negación del Ser, puesto que, si todo ser está al lado del Ser, incluso hasta la negación está de ese lado. Si la Palabra es el órgano del Ser, y el No-Ser no puede ser comprendido como una negación del Ser. Si el No-ser es una no-palabra, si el Ser y su expresión son «coextensos», “¿hay alguna salida de esta manifiesta aporía?” se pregunta el filósofo. Estas ideas socavan las bases de todo sistema dualista, lo hace ver insuficiente y se abre como posibilidad un enfoque trinitario. ¿Sería el varón tal cosa si no hubiera mujer y viceversa?

Probablemente Dios no sería Dios sin los hombres, y viceversa. La bondad no sería tal si el mal no fuera su posibilidad, y viceversa, de la misma manera que, la salvación sería un absurdo de no existir la posibilidad opuesta. Esto sólo cobra sentido, lo mismo ocurre entre el silencio y la palabra, si aprendemos a no substantivizar uno de los polos o de considerar la relación como secundaria y subsidiaria al ser mismo de los polos, considerados como independientes, como una palabra no dicha no es palabra. Por tanto, cualquier palabra auténtica está llena de silencio, que ofrenda su vida a la palabra.



---

# REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº ESPECIAL – 2022 - ABRIL

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en abril de 2022, por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

[www.luz.edu.ve](http://www.luz.edu.ve)   [www.serbi.luz.edu.ve](http://www.serbi.luz.edu.ve)  
[www.produccioncientificaluz.org](http://www.produccioncientificaluz.org)